

el corazón? Muertos que me oís, ¿por qué no enviáis á mis ojos fatigados de llorar un sueño tan grave como vuestro sueño de piedra?

—No, no penseis en las sombras de la muerte cuando todo nos llama á los placeres más puros y más intensos de la vida. No, no penseis en ese sueño eterno cuando se eleva en nosotros el eterno amor. De esta tumba debemos salir rejuvenecidos como sale de la semilla el tallo tierno y verde y del tallo la flor pintada y aromática. Somos jóvenes y amantes; gocemos de los placeres de la juventud y rindámonos desde ahora mismo al culto del amor. Lucrecia, mis brazos te buscan como la parra y como la yedra al olmo.

—¿Qué decís? Lo oigo y no quiero dar asenso á mis oídos. ¿Por quién me habeis tomado, cuando me imagináis capaz de caer como una meretriz á vuestras plantas? Después de robarme la honra intentais herir mi virtud. No os basta con perderme ante el mundo; y quereis perderme ante Dios también. Mucho deploro aparecer impura á los ojos de las gentes, mucho; pero creedlo, deploraria más aparecer impura á mis propios ojos. Ahora, contra la injusticia de todos me queda un consuelo y un refugio, la justicia que me hace mi propia conciencia.

—Y yo creí que me amábais. El carmín que subía á vuestras mejillas al hablarme; el destello que despedían vuestros ojos al verme; el silencio mismo de vuestra palabra, todo me arrastraba á esa creencia que ha sido el tormento y el paraíso de mi vida. Si me engañé, ¡oh! si me engañé, perdonádmelo por piedad. Pero ahora sí que todo me es indiferente. Ahora sí que podría venir la muerte á visitarme, puesto que me falta lo más necesario á la vida, puesto que me falta vuestro amor. Comprendo, comprendo la pena y el torcedor que os aquejan. Os ha robado este vuestro audaz enemigo, no solamente á la virtud, que es ornato de vuestra alma y al Convento que es refugio de vuestra penitencia, sino también á la felicidad que acaso pensábais gozar en brazos de otro hombre. ¡Oh! Ni puede haber reparación posible á esta falta, ni puedo yo perdonarme el propio engaño á mí mismo. No me amais, no me amais, no me amais. El Universo entero se desploma sobre mi cabeza.

—¡Oh! Filippo, cuán cruel sois conmigo. En esta soledad, en este momento, al verme desamparada y á vuestro arbitrio, víctima inocente de un rapto criminal, intentais humillarme á mis propios ojos con palabras vergonzosas. ¿Quereis que os diga de viva voz lo mismo que adivináis en el secreto de vuestra conciencia, y lo mismo que sentís en la intimidad de vuestro pecho? Bien poco alcanzais del orgullo de una mujer. La defensa que contra vuestros halagos empeño debe deciros lo que siento. De un hombre á quien no amara, jamás me defendería, pues antes cayera la tierra en los abismos que mi cuerpo en sus brazos.

—Lucrecia, me vuelvo loco al oír ciertas palabras. Me salta material-

mente el corazón. La cabeza se trastorna y padece verdaderos vértigos. ¡Oh! No puedo más. Lucrecia te amo con toda mi alma. Por una mirada de esos ojos daría mi corona de artista. Por un beso de esos labios daría el fuego de mi vida. Ser tu esclavo eternamente, y estar á tus plantas de rodillas parecenme el destino único señalado á mi ser desde el cielo por la divina Providencia. Lucrecia, te he amado siempre; antes de conocerte, por instinto, desde de que te conozco, con adoración; y te amaré en el seno de la eternidad, pues cuanto de mi cuerpo quede en el mundo y de alma suba á lo infinito, llevará grabado indeleble tu nombre y tu memoria.

—Filippo.

Exclamó Lucrecia sin saber qué decir á las palabras de su amante, en la incertidumbre de rechazarlas con la indignación propia de su honra ó recogerlas con la religiosidad propia de su amor. En tal estado su cabeza volvió á caer sobre el pecho, ansiosa por esconder un rubor cuyos rojizos reflejos la delataban más que cuantas palabras de pasión pudieran brotar de los labios. Esta actitud de Lucrecia, en vez de desalentar, alentó á Filippo, que en su desvarío unas veces hablaba de vos y otras veces de tú á Lucrecia.

—¡Ah! Lucrecia. Los deseos, aglomerados sobre mi corazón por los tiempos en que os he seguido, estallan ahora con una fuerza irresistible. Las escenas de amor, con que he soñado en las largas veladas del invierno, cuando recorría como un aparecido los alrededores de vuestro palacio, ahora descienden á las realidades de la vida. La ilusión, que me ha trastornado tantas veces el sentido, es ahora verdad, pura verdad; y me llama, y me atrae, y me arrastra á medida que más claramente la veo y más cerca está de mis ávidas manos. Cuando yo pinto mis cuadros, trazo esa imagen adorada tuya entre las flores del campo y las estrellas del cielo. Cuando voy al templo, no veo la Virgen del altar, veo la faz de mi amada. Y aunque he pensado muchas veces, en medio de mis oraciones, consagrarme á este amor, siquiera fuese profano y aun criminal, nunca le he pedido perdón á Dios, por parecerme que la ventura de un recuerdo de amor bastaría á contrastar todos los tormentos del infierno. ¿Y por qué y para qué hubiera engañado al cielo que sondea en su inmensidad etérea la oscura inmensidad de nuestras almas? Como los latidos del corazón resonaban á despecho de mi voluntad, las palabras á despecho de mi voluntad bullían en mis labios también. Seré hereje en mis pensamientos, sacrilego en mis pasiones, desenfrenado en mis caprichos; pero soy vuestro amante, y me importa poco los castigos de la divina ira, si tengo en cambio el premio de vuestro exaltado amor.

—Todas esas palabras inconexas, muestran como desconocéis también la naturaleza del amor que con tantos arrebatos pintáis. Esta pasión, vida de la vida, pugna con las dificultades materiales, y bajo ellas al cabo de cierto tiempo, desaparece y se extingue. Y si no desaparece, si no se extingue, deja de ser la mayor felicidad para convertirse en la mayor ponzoña. El



amor correspondido, seguro de sí mismo, que mira al cielo sin tener que bajar la vista, y mira al mundo sin temer á una reconvencion ni á un murmullo, ese amor es el único verdadero, el único santo, el único feliz. Pero vos, Filippo, consagrado por un voto indisoluble á la Iglesia, rompéis con esos juramentos y venís á ofrecerme una vida y un alma que no os pertenecen. Así todo es aquí extraño. Me habeis requerido de amores, no á la manera que un amante á su amada, sino á la manera de un aparecido que viene de otras regiones, á la manera de un alma en pena que anda errante por los aires. Para uniros á mí os habeis acercado al retiro de un convento y os habeis valido del crimen de un rapto. Y ahora estais ahí pidiéndome otro crimen, despues de haberme arrastrado á esta region de la muerte, donde parece que va á perderse para siempre la luz de nuestros ojos y la luz de nuestra conciencia. No me importan ni la oscuridad de la vida ni la mengua de la fortuna. En pobre cabaña sería feliz; pero con esposo que pudiera ofrecerme un amor animado por la virtud y bendecido por Dios.

--Está visto, no me amais, Lucrecia, no amais á este infeliz. Yo he vivido con la esperanza de ser el designado á amaros por vuestra eleccion. Si estas ilusiones placenteras no me mantienen ¡ah! ni lucho con la desgracia ni porfio por la gloria. ¿Cómo podría pintar con el pincel ó con la palabra mi afecto? A veces, trataba de vencerme y olvidaros; y no podía. Más fácil fuera arrancarme del alma el pensamiento y del pecho el corazon. Vuestra idea parecia la sombra espiritual de mi sér, segun iba conmigo á todas partes. Ni el sueño me preservaba de este tormento, el sueño tan parecido á la muerte, porque si dormia, tambien soñaba, y soñaba con vos. Creo que al vacío de la tumba me hubieran acompañado estos ensueños. No pasaba por los alrededores de vuestro palacio sin sentir un desvanecimiento en la cabeza y un desmayo en la voluntad, como si el aire me faltara. No veía un objeto que os perteneciera sin enfurecerme, y experimentar como un extravío de la mente, parecido en su esencia á la locura. Nada me distraía de estas penas. Si cogía el laud, mis dedos se quedaban inmóviles y como suspensos de las cuerdas, en la inercia. Si hojeaba un libro, despues de haber vuelto cien páginas, no advertia ni el sentido de una sola letra. Si pintaba, si ejercía el arte de mis preferencias y de mis inclinaciones, bajaba los brazos con desmayo, porque de nada me servía una gloria incapacitada de completarse con la felicidad. Hasta aquellos sitios donde os habia encontrado tantas veces, la montaña de Fiessole y la colina de San Miniato, las orillas del Arno y las praderas que por todas partes á un lado y otro se extienden, paraísos; cuando os aparecíais á mis ojos tan bella y tan fugaz como la mariposa á los ojos del niño, eran, privados de vuestra presencia, como un verdadero desierto. Así, al saber que habíais elegido otro hombre, lancéme al claustro como el alma que se lanza á la eternidad, ó como el náufrago que se lanza al mar. Y no os habíais casado. La obediencia á vuestro padre os

llevó hasta el pié de los altares, y la sinceridad de vuestros sentimientos hasta negar allí públicamente á vuestro prometido la mano que no podíais alargarle á impulsos de la pasion. Entonces me desesperé porque habia puesto entre los dos un voto religioso; y creí, para no morirme, que vuestra bondad premiaria tarde ó temprano mi amor. Ved aquí, pues, Lucrecia, ved aquí á vuestro amante. Ha rondado en torno de los muros de vuestro convento; ha invadido la soledad del claustro; ha robado en medio de solemne procesion á quien adoraba más, mucho más que á la reliquia santa; y ahora ve maldecido y condenado su amor tan violento, pero tan profundo, extraño en apariencia y en el fondo tan natural y tan humano. Abrid, pues, en esta tierra de la muerte una sepultura y enterradme por toda una eternidad: que vivir sin amaros me es de todo punto imposible, imposible, imposible, idolatrada Lucrecia.

—Os engañais, Filippo, os engañais. ¿Qué quereís? ¿Oír de mis labios que os amo? Pues ya lo habeis oído. Sí, os amo.

—¿Me amais? Dijo Filippo lanzándose como un loco á los piés de su amada. Si me amais, ya no puede haber en nosotros ni más pensamiento ni más deseo que la inmediata satisfaccion de ese amor. Ven, ven á mis brazos, Lucrecia, que en ellos encontrarás la dicha. Junta tus labios con mis labios en un beso creador del cual brotarán ángeles tan hermosos que en torno nuestro han de volar como las estrellas del cielo. Unanse en este sitio nuestras vidas como dos arroyos que van á formar un río, para no separarnos ni en la eternidad. Confúndanse por el placer nuestras almas. ¿Hay algo que sobrepuje al amor?

—La pureza y la virtud.

Respondió Lucrecia.

—Yo sabré vencerlas.

—No.

—¿Quién se resistirá á mi deseo?

—La resolucion que tengo de darme ahora mismo la muerte.

—Lucrecia, por piedad.

—Filippo, tenedla vos de mi alma.

—Quien ha salvado todos los obstáculos ¿se estrellará en vuestra resistencia?

—Se estrellará en mi deber.

—La felicidad mayor os espera.

—No, que me espera la mayor desgracia.

—¿En estos brazos?

—En esos brazos.

—¿Pues no decíais que me amábais?

—Es verdad. Pero tambien he dicho que amo sobre todo mi pureza y mi virtud.



—Que no vencerán á mi deseo.

—Pues lo vencerán.

—¡Lucrecia!

Gritó Filippo, decidido á lanzarse sobre ella, y á satisfacer de grado ó por fuerza su pasión.

—Deteneos, ó soy muerta.

Dijo Lucrecia al ver la decision de su amante. Y en efecto, sacó de entre los pliegues de su vestido un puñal tan corto como agudo y le dijo:

—Esta arma es la defensa que yo me he procurado contra toda asechanza. Resuelta á no ver manchada mi virtud, estoy tambien resuelta á darme la muerte, si mi virtud peligrara ó sucumbiera. No deis, pues, un paso, si no deseais verme exánime á vuestras plantas. Un alquimista ha envenenado la punta de este puñal con tanto acierto, que basta rozar la piel en cualquier parte de nuestro cuerpo para producir instantáneamente la muerte. Dad un paso más y soy muerta.

—Pues bien, muramos ambos á dos. Si os resistís hasta ese extremo, sea en buen hora, morireis; pero despues moriré yo á vuestro lado. Prefiero morir ahora mismo á no satisfacer esta pasión que es toda mi vida. Puesto que habeis decidido apartaros de mí, Lucrecia, escojamos cosa mas dulce que vuestro desden, escojamos la muerte.

Y Filippo se dirigió resueltamente á Lucrecia, que resueltamente aplicó su puñal á la garganta para hundirlo en sus venas y darse rápidamente la muerte. Mas en este minuto decisivo, una losa del suelo se removió como por mágica arte; un boquete oscuro y húmedo apareció tras de la losa; una sombra salió del boquete; y deslizándose con la celeridad y el silencio de un ave nocturna hácia donde estaba Filippo, le detuvo con hercúleo esfuerzo, al borde mismo del abismo donde se precipitaba, y le dijo esta frase:

—¿Qué vas á hacer? desdichado.

—¡Serafin!

Gritaron á un tiempo Lucrecia y Filippo; Lucrecia con alegría, Filippo con desesperacion.

—Sí, Serafin que viene á socorreros en este trance.

—¡Oh, hermano! ¡oh, padre mio! Salvadme á un mismo tiempo del pecado y de la muerte.

Dijo Lucrecia á Serafin con el congójoso acento de un náufrago que se agarrara á un escollo.

—A eso vengo, hermana mia, á salvarte. Desde esta hora solemne entras bajo mi proteccion ¡y ay del que se atreva á desconocer tu virtud y empañar tu inocencia!

Y miró con mirada imperiosa el rostro absorto de Filippo.

—El cielo os ha enviado para evitar á Lippi el crimen más bárbaro y á mí la muerte más súbita.

—Tened confianza en Dios que no puede faltar á quien le invoca en sus tribulaciones y le imita en su vida.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

Preguntó Filippo al jóven franciscano con esa mezcla extraña de ódio y de respeto que sentia hácia él siempre que se atravesaba en sus tortuosos caminos y le detenia en sus malos intentos.

—Solo tú en el mundo puede y debe saber cómo he llegado á este sitio. Desde que el último de los fieles á mi creencia, lo abandonó, despues de haber sido salvado por mi celo, nadie ha venido á este sitio, sino yo, deseoso de visitar algunas tumbas y ofrecer sobre sus sagradas losas algunos holocaustos. ¿Quién me ha acompañado? Tú. Por consecuencia, tú y yo sabíamos esta guarida, asilo un tiempo de las puras creencias de los míos, asilo ahora de los impuros apetitos de tu amor.

—Serafin, despues de contrariarme en todo, aun me insultas, abusando del cariño y del respeto que me inspiras.

—No te insultan mis labios, te reconviene tu conciencia.

—Seguid, Serafin.

Dijo Lucrecia.

—En cuanto ví el atentado, con gran dolor de no poder evitarlo, propúseme cuando ménos remediar aquello que en mi poder estuviese, como acostumbro á hacer siempre que me encuentro frente á frente del mal. Oí á mi lado invocaciones al infierno, palabras de venganza lanzadas por Guido Montaperto; é invoqué á Dios y dije palabras de consuelo y de misericordia necesarias en tal momento. Desapareció el caballo de Filippo en esta direccion. Y naturalmente, mis escasas fuerzas no podian seguir su impetuosa carrera. Mas dijéronme que en cierto punto se desvaneció como si la tierra se lo hubiera tragado, y adiviné en seguida que Lippi habia venido á este sitio, revelado á su curiosidad por mi afecto, como un antiguo asilo de mis correligionarios perseguidos por la intolerancia religiosa. Ya me teneis aquí, resuelto á interponer mi pecho entre el raptor y su víctima. Dado el natural de Lucrecia, dadas sus creencias, dados sus sentimientos, pereceria si sintiese su alma empañada por la culpa y su conciencia herida por el remordimiento. En el Monasterio hice cuanto pude para que no llegáramos á este trance, que temia por mi profundo conocimiento de Filippo y de sus avasalladoras inclinaciones. Ahora, al llegar, he oido vuestras últimas palabras, y he adivinado que Lucrecia permanecía despues del rapto, tan pura como en el Convento. Aquí vengo, pues, en vuestro auxilio y en vuestra defensa.

—Gracias, Padre Serafin. El cielo os premie tanta virtud. No podiais faltar, no, á esta desdichada. Vuestra aparicion ha preservado á Filippo del crimen, y á Lucrecia de la muerte. No me abandoneis. Necesito de vuestro brazo y necesito de vuestros consejos. Si no venís tan pronto ¿qué hu-